

Sin poder limitar proporciones, estas dos influencias, tan opuestas, se combinaron en la obra de todos o casi todos los nuevos. Del uno heredaron el amor a una forma depurada, a un idioma justo, a un pudor intelectual muy severo. Del otro, la curiosidad de nuevas sensaciones, el deseo de una metáfora más original y plástica, el sentido del color y la voluptuosidad del tacto. Junto con estas conquistas de la poesía de Ramón López Velarde, sus contemporáneos especialmente, se dejaron seducir por otras, a nuestro juicio menos significativas. (*)

Una de ellas, fué su mexicanismo. Mexicanismo que, profundo y admirable en él, ha quedado como simple fórmula, es decir, como falsa epidermis en las poesías de sus imitadores, convirtiéndose así, de paisaje que era, en escenario y de vestido en disfraz. Más que en todos los puestos de este domingo literario, el alma de México vive en el poema que Ramón López Velarde escribió, algunos meses antes de morir, para *El Maestro*. En esta *Suave Patria* del poeta, las cosas de México, sus mujeres, sus fiestas, sus ferrocarriles "que pasan por la vía como aguinaldo de juguetería", sus selvas en que

(*) Constituyen una excepción de honrados, por la sinceridad de su obra, los poetas Enrique Fernández Ladouma y Francisco González León, intérpretes ambos del suave espíritu de nuestra provincia católica y sentimental. Más sabio el primero en el arte y la colocación de la composición, el segundo — por su actitud humilde — resulta más conocida y más concentradamente personal.